

ACADEMIA NACIONAL DE AGRONOMIA
Y VETERINARIA

**Homenaje al Sesquicentenario de la
Revolución de Mayo**

HIPOLITO VIEYTES

PRECURSOR DE LOS ESTUDIOS AGROPECUARIOS
EN EL PAIS EN LA EPOCA COLONIAL Y DE LA
INDEPENDENCIA NACIONAL



CONFERENCIA DEL PERIODISTA

Federico Obertí

Sesión Pública del 3 de Junio de 1960



B U E N O S A I R E S

Arenales 1678

1960

ACADEMIA NACIONAL DE AGRONOMIA Y VETERINARIA

Buenos Aires — Arencles 1678.



MESA DIRECTIVA

Presidente Ing. Agr. José María Bustillo.
Vicepresidente Dr. Daniel Inchausti.
Secretario General Dr. José Rafael Serres.
Secretario de Actas Dr. Antonio Pires.
Tesorero Ing. Agr. Saturnino Zemborain.



ACADEMICOS DE NUMERO

Dr. Anchorena, Joaquín S. de
Dr. Arena, Andrés R.
Ing. Agr. Brunini, Vicente C.
Ing. Agr. Bustillo, José María.
Dr. Cabrera, Angel
Dr. Candioti, Agustín N.
Dr. Cárcano, Miguel Angel.
Ing. Agr. Casares, Miguel F.
Dr. Eckell, Osvaldo A.
Ing. Agr. Foulon, Luis A.
Dr. Inchausti, Daniel.
Dr. Newton, Oscar M.
Ing. Agr. Parodi, Lorenzo R.
Dr. Pires, Antonio.
Dr. Quiroga, Santiago S.
Dr. Rosenbusch, Francisco.
Dr. Schang, Pedro J.
Dr. Serres, José Rafael.
Dr. Solanet, Emilio.
Ing. Agr. Zemborain, Saturnino.

DISCURSO DE PRESENTACION

· Por el señor Presidente de la Academia

Ing. Agr. JOSE MARIA BUSTILLO

La Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, en unión con las demás Academias, ha celebrado el 150 Aniversario de la Independencia, en un acto abierto elocuentemente por el Presidente de la Academia de Historia, Dr. Carlos Alberto Pueyrredón, y con una brillante conferencia del Dr. Atilio Dell'Oro Maini, Presidente de la Academia de Derecho, que agregaba a sus títulos personales, el honor de haber dictado como Ministro del Gobierno de la Revolución Libertadora, el decreto que no sólo restituyó a las Academias su autoridad, menoscabada por el despotismo, sino que estableció un nuevo y acertado régimen, para su funcionamiento cultural. El acto tuvo destacado lucimiento, con la presencia del Sr. Presidente de la Nación, ministros, parlamentarios y diplomáticos.

No obstante, cumplida esa patriótica obligación, las Academias deben rememorar a sus precursores, que tuvieron destacada actuación, en los días de la emancipación.

El espíritu de Mayo, tiene distintas interpretaciones. Es justo que así sea. Cada actividad social, política o económica, tiene que encontrar en esa fuente de virtudes cívicas, estímulo a su acción y un mandato que cumplir. La nuestra se inspira originariamente en hombres

que luchando por la libertad, se preocuparon también de impulsar el desarrollo de la ciencia y riquezas agropecuarias.

En la magnífica acta del 25 de Mayo de 1810, aparecen los nombres de Manuel Belgrano, Bernardino Rivadavia, Mariano Moreno e Hipólito Vieytes.

Como dice su insuperado biógrafo, Bartolomé Mitre, la gloria militar y cívica de Manuel Belgrano, dejó en la penumbra al jurisconsulto y economista liberal, especializado en problemas agropecuarios. Con su título de abogado, obtenido en Valladolid, se interesó por la economía política, con la orientación liberal de sus más prestigiosos paladines. Antes de regresar a Buenos Aires, obtura amplia licencia del papa Pío VI, para leer todo género de libros, aunque fuesen heréticos, con la excepción de la astrología judiciaria y las obras obscenas.

Formó así su pequeña biblioteca que leían sus amigos, sus camaradas después, en la lucha por la independencia. En el consulado recién fundado, del cual fué su primer secretario perpetuo, en un ambiente hostil a la libertad de comercio, insinuó siempre que pudo sus ideas, chocando con una mayoría de comerciantes, nada avezados en conocimientos económicos. Su primer trabajo se tituló: "Medios Generales de Fomentar la Agricultura, Animar la Industria y Proteger el Comercio en un País Agricultor". . . . Ofreció entregar a las escuelas, una cartilla de agricultura traducida del Alemán.

Fomentó la aclimatación de plantas y animales de otros países y sostuvo la rotación de cultivos, al decir: "el verdadero descanso de la tierra, es la mutación de las producciones".

Se propuso echar, como dice en sus memorias, "las semillas que algún día fuesen capaces de dar frutos".

Belgrano es evidentemente, uno de los más esclarecidos precursores de la riqueza agropecuaria, y sus virtudes cívicas, otorgan a sus consejos, siempre meditados, soberana autoridad. La bandera que nos dió, no fué únicamente para animar al soldado en la batalla, sino para estimular el trabajo fecundo, del ciudadano honrado.

Hacemos bien en rememorarlo y destacarlo, como nuestro patrono, justamente hoy, 3 de junio, que es el día de su natalicio.

En esta acta está también Bernardino Rivadavia, a quien en plena tarea de gobierno, digna y constructiva, ocupado con optimismo en colonizar, introducir animales de raza, fomentar la inmigración de profesores, técnicos y artesanos, fué condenado, ingratamente al des-

tierra, por una nefasta política, que en la evolución argentina, reaparece en determinados períodos, entorpeciendo el desenvolvimiento normal, del progreso económico y social.

También Mariano Moreno, que inspirado en las ideas de Belgrano, redactó el notable documento en "Representación de Hacendados" abogando por la libertad de comercio, sosteniendo doctrinas aceptadas por estudiosos progresistas, y resistidas por gobiernos y comerciantes monopolistas. Con la muerte prematura de Mariano Moreno, las modernas teorías, perdieron en las luchas cívicas, a su más vibrante expositor.

No encontramos en el acta la interesante personalidad de Martín José Altolaguirre. Sabemos que actuó entre los patriotas activos. Fue agrónomo de profesión, propietario de quintas experimentales. En una de ellas, el Conde Liniers y su hermano Santiago, antes de las invasiones inglesas, experimentaban, como lo relata el Dr. José Luis Molinari, un procedimiento para la conservación de carnes, de exportación, más refinado que el tasajo, base de la alimentación de negros y de esclavos, en sudamérica. En otra quinta ubicada en la Recolecta, visitada frecuentemente por Belgrano, experimentaba la aclimatación de vegetales con mercados mundiales, como el lino y el cáñamo. En Matanza, tenía una chacra de 3 leguas de superficie, que vendió en 1808 a Francisco Ramos Mejía, pacífico poblador de Monsalvo, que trató de incorporar, cristianamente los indios a la civilización.

La venta de la chacra de Altolaguirre comprendió, esclavos, animales, plantas y enseres. He aquí el detalle: 6 esclavos, a \$ 50 c/u.; 366 cabezas de vacunos, cría por muerte, a 8 reales; 53 vacas lecheras a 3 pesos; 124 ovejas a 1 real; 51 caballos mansos a 2 pesos; bueyes de trabajo a 5 pesos. Paso por alto muebles artículos menudos, etc., y menciono: 7 arados en buen servicio; 2 cuartillas de medir trigo; 1 máquina de alambre para limpiar cereales; palas, azadas, rastrillos. Un banco para hacer quesos. Una plantación de 200.000 árboles. En ese detalle vemos que Altolaguirre actuaba en el campo de manera progresista. Esta venta se hizo en 1808 y Altolaguirre murió en 1813. Su tumba se encuentra en la Recolecta, cuyo conocimiento, inspiró un interesante estudio a nuestro colega, el Dr. José R. Serres.

Por fin a Hipólito Vieytes, industrial, productor y fundador en 1803 del "Semanario de Agricultura y Comercio". Pero de él nos hablará el conferencista que ocupará hoy nuestra tribuna.

Conocí a Federico Oberti hace muchos años, en San Antonio de

Areco, por la mediación de nuestro común amigo Ricardo Güiraldes. Le tiene consagrado a este insigne escritor, un estudio sobre "Segundo Sombra", explicado para niños, próximo a publicarse. Oberti es nacido en San Antonio de Areco, también lo es Hipólito Vieytes. Todo lo que se relaciona con el terruño de Areco, le interesa fundamentalmente. Debo decirles que además de periodista, historiador, folclorista, es orfebre y en sus manos expertas, modela en plata de buena ley, estribos, facones, fiadores, testeras, rastras, etc., ciñéndose a dibujos de estampa tradicional. Becado por el "Fondo Nacional de Artes", escribió un libro: "La Platería Gauchesca en el Río de la Plata". Ha escrito minuciosamente la historia del primer reloj del Cabildo.

Tiene terminado un exhaustivo estudio histórico sobre la yerba y el mate.

La Academia ha pensado que contribuye al esclarecimiento histórico de la Agricultura y Ganadería, con estas disertaciones.

Hace bien en ceder su tribuna a quien acredita amor a su pueblo natal, a su provincia, integrando honrosamente, una nación, esperanzada en sus destinos, labrados con esfuerzo y perseverancia, desafiando con firmeza, a las fuerzas ocultas de la anarquía.

Trabajemos entonces con fe, en nuestras especialidades, y cumpliremos con el pensamiento de Mayo, en su más amplia acepción: Disfrutar de la libertad, dentro del orden e inspirados en su edificante tradición.

JUAN HIPOLITO VIEYTES

Precursor de los estudios agropecuarios
en el país en la época colonial y de la
independencia nacional



Para el mayor entendimiento de lo que nos proponemos dilucidar, en la breve lectura de estas líneas, es indispensable formularnos un planteamiento a la inversa, es decir, discurrir de la personalidad de Vieytes, por su actuación de los últimos años de su vida, para respaldar sus más desconocidas actividades, anteriores a los días de nuestra emancipación.

Nació este prohombre de nuestra nacionalidad, muy probablemente el día 12 de Agosto de 1762. Fué anotado en el libro de bautismo del pueblo de su nacimiento, San Antonio de Areco, el día 13 del mismo mes y año.

Fueron sus padres, lo hemos omitido en nuestra disertación, Don Juan Vieytes, natural de San Adrián de Vilariño, Galicia (España), hijo legítimo a su vez, de Don Esteban Vieytes y de doña Dominga Barreyro.

La madre de Vieytes era criolla, se llamó Petrona Mora, hija a su vez de un matrimonio porteño, constituido por Don Francisco Mora y Doña María Fernández de Agüero, hermana esta última, del tercero de los curas párrocos del pueblo de Areco.

La familia Vieytes, ya aparece radicada, definitivamente en la ciudad porteña, en los primeros años de 1773.

La ciudadanía argentina, la anécdota histórica y la referencia simplista, reconoce a Vieytes, como al prohombre de Mayo, en cuya jabonería de la calle del Rosario (Venezuela), se llevaron a término, las secretas y memorables reuniones de 1810.

Fué en verdad, uno de los corifeos más ilustres que tuvo aquel movimiento emancipador, cuyo sesquicentenario, principió a celebrarse en todo el país, el 25 de Mayo del mes próximo pasado.

Vieytes, figura insigne de nuestra nacionalidad, fué, en breve enumeración de citas y cargos, el verbo encendido de aquella gesta, el periodista experimentado, el cerebro luminoso y el patrico de actitudes concluyentes.

Conjuntamente con su hermano, el sacerdote Ramón, participó con voz y voto en el Cabildo abierto del día 22 de Mayo y asumió distintas actitudes en los días anteriores y posteriores a esa fecha.

Triunfante la Revolución, manifiesta la material pobreza de la patria que terminaba de nacer, conjuntamente con los coroneles Miguel de Azcuénaga, Nicolás Rodríguez Peña y Esteban Romero, se constituyen en banqueros y garantes económicos de la Primera Junta, poniendo a disposición de ésta, sus bienes y sus esclavos.

Cuando la expedición militar de Don Francisco Ortiz de Ocampo, Vieytes va en ella, como secretario, en lo político y administrativo, con el mandato de divulgar y asegurar ante las provincias del interior, las resoluciones del primer gobierno patrio.

En los días en que Mariano Moreno, es designado para cumplir su conocida misión en Europa, nuestro prohombre lo reemplaza en las funciones de secretario de guerra y gobierno.

Al decir de Saavedra, era Vieytes, en aquellas difíciles circunstancias, el hombre insustituible, el alma tutelar que conciliaba las diferencias suscitadas entre los dos bandos en pugna: Morenistas y Saavedristas.

El movimiento del 5 y 6 de Abril de 1811, envuelve a Vieytes en la terrible intriga y maraña partidista, originando su primer confinamiento, cumplido, al igual que Echeverría, muchos años más tarde, en los campos de la vecina Villa de Luján.

Como constitucionalista, en colaboración con Chorroarín, Agrelo

y Valentín Gómez, preparan en 1812, un anteproyecto de constitución y otros trabajos orgánicos, para ser presentados en la Asamblea que debía reunirse en el año siguiente.

En ese mismo año, dispuesta por los patriotas, la supresión del “Tribunal de la Real Hacienda” y con posterioridad creada la “Cámara de Apelaciones”, Vieytes es designado miembro de la misma.

En el proceso contra los hispanos que conspiran, cuando la actitud de Don Félix de Alzaga, Vieytes es fiscal en el sonado asunto.

Como representante de distintas provincias, por sus reconocidas condiciones de ecuanimidad e inteligencia, es elegido para desempeñar el cargo de secretario permanente de la célebre Asamblea del año 13.

En 1815, cumplía las funciones de Intendente de Alta Policía.

El oscuro movimiento armado del 15 de Abril de ese mismo año, el que vino a originar la disolución de dicha asamblea y la estrepitosa caída del director Carlos María de Alvear, arrastró a Vieytes en su torbellino de “pasiones encendidas”..

Confinado nuevamente, ahora al pueblo de San Fernando de la Buena Vista, en la imposibilidad física de trasladarse a reinos extranjeros, fallece en él, por el mal de angustia, muy pobre y olvidado, el 5 de Octubre de ese mismo año, en días de incertidumbre, cuando la revolución de Mayo, por sus hombres y sus pasiones, sorda y ciega, como un monstruo sediento, comenzaba a devorar a sus propios hijos.

La respectiva acta de defunción, se encuentra anotada en el libro de la parroquia de dicha ciudad.

Aquello que en particular interesa a los enunciados de nuestra disertación, de preferente trato y preocupación de los señores miembros de esta honorable “Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria”, es la destacada actuación de Vieytes, en los días de la Colonia, en las postrimerías del Virreynato y en las vísperas de Mayo de 1810.

Vieytes no es un accidente, no es factor determinante en los sucesos de Mayo, por simple acción de presencia. El aventajado estudiante que ha surgido de las aulas del Real Colegio de San Carlos, aprobado en filosofía, retórica, gramática, teología y cánones, no es un improvisado, un advenedizo ni un ciudadano de actitudes extemporáneas.

Sus convicciones, sus principios y el acendrado fervor que experimenta por los problemas del agro, hacen de él, un clarovidente, un precursor y un predicador constante de las incipientes labores agrícolas

Para el mejor éxito de los propósitos que lo animan, nada más indicado que armarse caballero, intelectualmente, en cuya difícil cruzada, agitará los pendones de ilustres predecesores, maestros suyos en la ciencia del agro.

En la ímproba empresa, desea ser el progenitor de sus propios merecimientos.

Para obtener tal paternidad, lee y estudia en las páginas de Aristóteles, hace suyas "Geórgicas" de Virgilio; compulsivamente el "Tratado de Agricultura" del latino Columela y se entusiasma, entusiasta y feliz, con la maravillosa historia natural del conde de Buffon.

Estudia en las páginas de Juan Jacobo Rousseau, analiza los nuevos sistemas económicos y revolucionarios sustentados por Uztariz o se exalta con el sentido humanista de los discursos de Mirabeau.

Discípulo del gran economista francés Francisco Quesnay (1694-1820), Vieytes difunde y sostiene los principios que éste propugnaba en su obra: "Fisiocracia o constitución natural de los gobiernos", escuela económica esta que atribuía todos los bienes y riquezas del hombre a la naturaleza de la tierra.

Galiani le ensancha los horizontes de la filosofía, de las matemáticas y la filología; Adam Smith, lo sugestiona y conforta con sus enseñanzas y conceptos morales.

Por sobre todo, el político y economista español, Gaspar de Jovellanos, dedicado partidario del progreso y la libertad de las colonias de América, lo hace partícipe de sus principios, en cuyos informes sobre "La Ley Agraria", encuentra un sólido respaldo para divulgar sus ideas.

En el "Espíritu de las leyes" del francés Montesquieu, aquilata los derechos que lo asisten a su pueblo, para procurarse una vida mejor o se conmueve por el liberalismo de Diderot.

Entre sus autores, clásicos o modernos, tiene por maestros favoritos a Platón, Cicerón, Descartes, Pascal, Gracián, Maquiavelo, Santo Tomás y Renán. Estudia en las páginas de los utópicos Moro y Campanella o se sumerge en las nuevas teorías, empírico-racionalistas, del filósofo y humanista español, Juan Luis Vives.

En otro orden de disciplinas y materias, el que más nos interesa, se guía por las preconizadas enseñanzas y métodos del padre Gotte; hace suya el "Tratado de Agricultura General y Gobierno de la casa de Campo", de José Antonio Valcarcel.

Es fervoroso admirador y dilecto discípulo del célebre y múltiple

abate Rozier, traductor y comentarista de un curso completo de agricultura.

Consulta y cita constantemente las teorías que el agrónomo inglés Duhamel expone en su “Tratado agrónomo o diccionario del cultivador”, y cuando arriba a la exaltación, al paroxismo de sus entusiasmos de estudioso y visionario de nuestro grande porvenir, eleva a la prominente categoría de maestro, el nombre del agrónomo Arthur Young, acaso, escribe, el más grande de Europa.

Con este múltiple bagaje de conocimientos, Vieytes se encuentra capacitado para adoptar, divulgar e inculcar a sus ciudadanos, las prácticas que asimiló en tantos autores y años de estudio.

Para conseguir estos fines, nada más señalado que la utilización de un medio modernísimo, incipiente, único en las decadentes postrimerías del Virreynato.

Cuando aun no se habían dispuesto las exequias del primera de los periódicos que vió la luz en Buenos Aires; “El Telégrafo Mercantil”, fundado y dirigido por el gacetillero hispano, Cabello y Mesa, nuestro hombre, de motu propio, el 1º de Septiembre de 1802, lanza a la consideración de sus conciudadanos, su “Semanario de Agricultura, Industria y Comercio”.

Desde el extenso titular del periódico que se aventura a editar, desde su primer editorial, hasta los últimos artículos que conforman los 197 números, en casi todos, existe una enseñanza, los procedimientos de un sistema o un sabio consejo relativo a la ciencia del agro.

“La agricultura —escribe Vieytes— es el único camino que puede conducirnos a la mayor grandeza. Nos llevará algún día a ponernos al nivel de los pueblos más opulentos que conoce el Universo”.

Formulándose un interrogante, respecto a la desolada situación de nuestros campos, se contesta con estos razonamientos.

“Si los árabes no hubieran quemado la biblioteca del Plotomeo, allí pudiéramos hallar algo adaptable a nuestra situación, del tiempo de los Reyes Pastores, si alguna vez los hubo”.

“Los pueblos bárbaros no escriben, y París y Londres tienen mucha gente, y poco terreno para que sus especulaciones puedan convenirnos a los que tenemos mucho terreno y poca gente”.

Vieytes no es un teórico ni un iluso. Discurre sensatamente y propone soluciones como un buen economista.

Las tierras deben darse a quienes quieran trabajarlas, en nuestro país, podrían crearse gran número de estancias.

“El ganado alzado que en el día se encuentra en el norte del Río de la Plata, se regula en 500.000 cabezas y, cediendo cuatro mil con las competentes tierras a todos los que quieran sujetarlos, se podrían poblar 125 estancias”.

De inmediato escribe sobre la destructora plaga de los perros cimarrones y de los descuidos en que los estancieros tienen a sus dilatadas y abiertas haciendas.

Es decir, cuando aun nadie se había atrevido a exponer estas cuestiones, sobre el derecho a ocupar las tierras los hombres que la trabajan y a distribuir la ingente riqueza que hay sobre ella, Vieytes se anticipa en más de un siglo, dándole pie a las teorías de Rivadavia, sobre sus tantas veces citadas ley de infiteusis.

Cuando aun nadie pensando en mejorar técnicas, se preocupa por la innovación de los antiguos métodos de cultivo, reemplazando a su vez los deficientes tipos de arado de madera, los que compara, para señalar nuestro atraso, con los que emplearon los agricultores del milenario Egipto.

Para el director de el “Semanario”, no existen problemas insolubles, ni intrincada cuestión a la que no pueda aportar las luces de sus conocimientos o el fuerte impulso de su voluntad.

Es que Vieytes, al decir de un autorizado historiador como Mitre, es un economista de mayores alcances que Belgrano.

En verdad, entre ambos próceres, existe una gran suma de complementarias coincidencias, de asociación de ideas; en el sostenimiento de cuyos principios e ideales suelen confundirse.

Belgrano, secretario del Consulado, conjuntamente con el periodista, conciben reformas agrarias y proyectan sistemas y medios de enseñanza.

Vieytes es el divulgador, el que las difunde por la prensa, el que le otorga estado de cosa pública, el que asume las responsabilidades.

Belgrano es el teórico, el funcionario de prestigio, el favorecido por tal situación de privilegio; Vieytes es la mente ágil y movediza, la palabra elocuente, la pluma diestra y el brazo ejecutor que pone en marcha la rueda del trabajo.

En aquellos días de 1803, los principios americanistas y liberales

que sostiene Vieytes, constituyen un peligro para quienes los emiten, en mayor grado si estos son difundidos por la prensa.

Por entonces, el monopolismo hispánico, se regía por cerrados principios económicos preestablecidos.

Vieytes avasalla las viejas y respetadas normas de la casa de contratación, transpone las murallas del exclusivismo que significan las flotas de registro hispano y con un criterio esencialmente moderno, reclama para su pueblo; libertad de comercio, moderación en los impuestos o encara los negativos problemas de la superproducción para un país sin industrias.

Propone para el caso, las ventajas que nos producirían las exportaciones de los productos del agro y de todos los industrializados subproductos animales.

Cuando los problemas se encuentran en su apogeo, aporta sus advertencias sobre el más correcto procedimiento existente para salar y conservar los cueros, sobre la urgente necesidad de mensurar con exactitud los campos y aun señala la gran ventaja que resultaría para el país, la matanza e industrialización de la ballena, cetáceo que en gran número y en períodos de tres meses al año, se encuentra frente a nuestra ciudad.

Refiriéndose a la especie ovina, indica las conveniencias de su mejoramiento con padres de otras razas, propicia la creación de ferias y mercados y suma los grandes perjuicios que se producen en la realización de los rodeos a campo abierto.

Sugiere en otro escrito, la introducción al país de implementos modernos de trabajo, a fin de multiplicar las fuerzas del hombre, brega por el mejoramiento de los salarios de los peones, como un signo evidente del bienestar del país y como si fuese una práctica social corriente, reclama de las autoridades Virreynales, la cesión de parcelas de tierras para quienes las trabajen.

Respecto a este último problema, cuyas tierras fiscales aun hoy pueden cederse por decenas de leguas, escribe nuestro hombre:

“El agicultor que no mira en la tierra que cultiva nada más que como un medio pasajero y no ignora que el campo que hoy trabaja será mañana posesión de otro arrendatario, jamás tendrá interés en introducir alguna mejora”.

“Menos activo aun se mostrará, debiendo hacer algunos gastos, en especial manera, cuando en semejantes condiciones no conoce el tér-

mino legal que obligue al propietario a respetar la situación del colono”.

“Sin este sagrado respeto hacia la propiedad individual no creo que jamás prospere pueblo alguno”.

Más adelante, condiciona sus opiniones, con los sólidos principios que sostiene Foronda, cuando transcribe un axioma de éste, que dice:

“El bien del público se compone de la suma de los bienes particulares, y si a los individuos les es nociva una cosa, lo será también a todo el cuerpo de la sociedad”.

Cuando considera que puede ser favorable al país, la ampliación de las áreas de trigo, propone, a modo de estímulo, de su personal peculio, tres premios en efectivo.

Consisten éstos, en ochenta, cincuenta y treinta pesos fuertes, para ser distribuidos entre aquellos agricultores de modestos medios que prueben ante una comisión, el haber sembrado más de 4,3 y 2 fanegas, respectivamente.

Vieytes, que sin duda venía madurando los principios que sustentaba en su “Semnario”, en dos ejemplares sucesivos, sostiene, en su condición de precursor de nuestro futuro agropecuario, la impostergable necesidad de crear y establecer en el país, una sociedad rural, integrada por ganaderos y agricultores.

“Porque —escribe— la agricultura es el apoyo en que descansa la sólida felicidad de los imperios más soberbios; es el nervio del estado, la que suministra la subsistencia a los individuos que la componen y el origen de las riquezas permanentes”.

Después de señalar la reducida cantidad de hectáreas dedicadas a estas labores, de modo rudimentario y desordenado, huérfanas de conocimientos y estímulos, agrega, con imperioso sentido de demanda impostergable.

“Hablo de una agricultura, que da una constante aplicación a todos los brazos vigorosos, que determina con conocimiento los tiempos para sus respectivas operaciones, que señala y distingue los terrenos a propósito para cada clase de cultivo, que putualiza y discierne las semillas y las plantas más apropiadas a la situación local, que introduce nuevas plantas de cultivo y que en sus producciones entretienen con provecho, los brazos del anciano, del niño y la mujer, condenados hoy a una vergonzosa ociosidad”.

Formulando otras consideraciones, refuerza sus argumentos, aus-

piciando la formación de esta “sociedad de agricultores, que será la más útil y el más necesario de los establecimientos con que puedan contar estas provincias para determinar su centro de opulencia”.

Fija en el mismo editorial, las normas que deben regirla, la protección que merecerá del gobierno y cuál debe ser la ayuda que preste el cuerpo patriótico que la integre.

En otro número, tomando las experiencias del agrónomo Burhan, escribe:

“Cuide la sociedad de mejorar por medios suaves, los métodos de labranza con avisos a los labradores e instrucciones fáciles, breves y sencillas, y persuádase que con sólo introducir un fruto nuevo en el país ha hecho más bien a los hombres que con cuanto han sudado muchos ingenios y muchas prensas para llenar de desvaríos tantos libros en que ocupa su tiempo la gente ociosa”.

“Estas sociedades deben mucho a la nación, cuyos individuos no vayan a leer discursos académicos a sus juntas, sino a conferenciar llanamente sobre los ramos de agricultura e industria”.

“Oígase al inteligente y práctico, más que al elocuente; prevalezca en la junta el dictamen de los labradores, artesanos y economistas sabios, sobre el de los que quieren que todo ceda a sus títulos y dignidades”.

“Foméntense industrias acomodadas a las circunstancias del país, a la capacidad de sus naturales, a las primeras materias que abunden; imprimase poco y escogido y meditado; no se repitan las sesiones sin necesidad; haya en ellas fraternidad y cordialidad”.

“Esto es compatriotas —acota Vieytes— omitiendo otros párrafos, el verdadero retrato de una sociedad de amantes de la agricultura que en parte alguna es más necesaria que en un país, a quien la naturaleza ha destinado para ser agricultor”.

Vieytes, no sólo se limita a gestar este propósito societario, prevé y considera de imperiosa necesidad, el establecimiento de un campo de experimentos agrícolas, que se podría encargar a un director con las condiciones requeridas, con elementos adecuados a toda clase de experiencias, con la dotación de nuevas especies, en consonancia con las exigencias de los tiempos actuales.

Prevé un número limitado de directores, al objeto de no dilatar sus dictámenes.

¿Por qué la historia ha retaceado a Vieytes la primacía y padrinazgo

de estos proyectos, tan fundamentales en las memorias de nuestro agro?

Sin duda, ha prevalecido un desconocimiento de los hechos, además de la formación de un generoso estado de colectiva complacencia, tendiente a galardonar a preclaros númenes como Belgrano y Rivadavia, con las iniciativas que con anterioridad de muchos años, fueron sostenidas por el más humilde de sus compatriotas.

Aun en la evidencia de la manifiesta inoperancia de sus proyectos, no se desalienta, ni renuncia a proseguir por las ásperas brechas, como si en cada desazón encontrase una nueva voz de estímulo que lo impulsase hacia adelante.

En la tercera de las catorce cartas abiertas que le escribe aun supuesto hermano sacerdote, radicado en un curato de la campaña, le manifiesta la extrañeza que advierte en la enseñanza de la ciudad.

“¡Por lo menos!, estoy muy de acuerdo contigo y si es bien cierto que nuestros gobernantes nunca han pensado en el campo, una cátedra de agricultura, constituiría el mayor de los aciertos, porque, mientras no se enseñe por principios del arte más necesario, serán muy lentos los beneficios que puedan hacerse en la campaña”.

¿Cómo?, vuelve a preguntarse con la sorpresa imaginable y el lógico convencimiento de un pedagogo que ve trastocada la importancia y orden de las materias que deben enseñarse en un país.

“Si es verdad que no existen dineros para esta enseñanza, ¿cómo hay recursos para dotar cátedras de filosofía, teología, medicina y cirugía y no se ha pensado hasta ahora, en erigir una del único ramo exclusivamente indispensable y necesario para hacer la felicidad de esta parte de América?

Quien tenía tan preciso y formal concepto de las materias que con mayor urgencia debían impartirse, termina diciendo:

“Procurémos que cambie la suerte de nuestra mal dirigida educación, que a los estudios de las aulas suceda el de la agricultura, al de las cuestiones embrolladas y oscuras del animismo, las verdades de la geometría, y en suma, que los tres años de jerga filosófica se reemplacen con experimentos químicos, y entonces, os aseguro el rápido progreso de la agricultura y de las artes”.

Como existían en la campaña bonaerense, más iglesias que escuelas de primeras letras; en otra carta que le escribe al precitado hermano, respondiendo a los dictados que le inspiran las prácticas europeas, propugnadas por su admirado abate Rozier, propone que, en lotes de

tierras próximas a las parroquias, se enseñe a la juventud, principios de agricultura.

En cada una de estas correspondencias, expone diferentes razonamientos, llevando a los lectores, ejemplos y demostraciones de diversa naturaleza agropecuaria.

A medida que se suman los problemas y dificultades, como en un secreto intento de lograr la victoria final, con el empleo de un sistema nuevo, Vieytes redobla su tenacidad, firme y esperanzado.

Como era costumbre, en diversidad de temas, Vieytes, como en años posteriores lo llevaría a cabo Belgrano, traduciendo textos agrarios de autores germanos, en 18 ejemplares de su "Semanario", prepara e inserta una cartilla.

Las titula "Lecciones elementales de agricultura por preguntas y respuestas, para el uso de los jóvenes de estas campañas".

Estas lecciones, que son un ejemplo de concisión y claridad, le permitían tratar brevemente los principios en que se funda la agricultura, fechas adecuadas de siembra y cultivo, preservación de las cosechas y difusión de otros conocimientos imprescindibles.

Ni siquiera, la forestación de los campos, que con tanta ruidosa generosidad se atribuye a Sarmiento, estuvieron ausentes de la mente y prédica de este ilustre ciudadano.

Es decir, Vieytes es el primero que propone para el país, la constitución de una sociedad de ganaderos y agricultores, quien estimula la formación de una escuela agrícola experimental y solicita, como primordial materia de enseñanza, una cátedra de agricultura.

Por lo que hemos dejado claramente establecido, Vieytes es anterior en sus propósitos, a los que contemporáneamente sugiere el sabio español Don Félix de Azara, colaborador y amigo del director del "Semanario", cuando escribe:

"Sería un medio de fomentar los ganados, establecer una junta o sociedad que vigile sobre ellos y que se dedique desde luego a publicar una memoria instruyendo a estas gentes de que los ganados son su único tesoro".

Ciertamente, Azara se refería en particular, a la formación de una sociedad, integrada exclusivamente por ganaderos, como nos es dable deducir por los términos transcriptos, como por la poca inclinación que los españoles experimentaban por las plebeyas actividades agrícolas.

En la madre patria, según un viejo concepto, felizmente caído en desuso; arar la tierra era tarea de villanos y de siervos; en América, de tontos.

“Los pastores —sostiene el propio Azara—, consideran mentecatos a los agricultores, pues si se hicieran pastores vivirían sin trabajar y sin necesidad de comer pasto, como los caballos, porque así llaman algunos ganaderos criollos e hispanos, a las ensaladas, legumbres y hortalizas”.

Azara, demostraba así, estar muy de acuerdo con el sustentado criterio español.

Cuando en 1812, Vieytes se encontraba entregado a otros asuntos de estado, su amigo Rivadavia, demuestra retomar la solución del problema, disponiendo la creación de un colegio de agricultura, adecuado a las exigencias de Mayo.

Rivadavia, que no obraba en esto, por generación espontánea, debió sin duda, conocer los principios proclamados por su amigo, mayor en años y experiencia.

También en él, los azares de las luchas internas, anularon su inicial propósito.

Recién bajo el gobierno de Don Martín Rodríguez, retoma la idea, incluyéndola como materia principal dentro de un plan de estudios secundarios.

En Agosto de 1823, funda Rivadavia la “Escuela de Agricultura Práctica y Jardín de Aclimatación”. Se intenta su inmediata instalación y se elabora un presupuesto por los cinco meses que restan del año, tomando para gastos, los recursos destinados para la cátedra de economía política.

Confía la dirección a don Pedro Berenguer, con 60 pesos mensuales de sueldo, casa y comida; nombra segundo a don José Lindor, con 20 pesos de retribución, y asigna 5 pesos por la alimentación de cada uno de los seis alumnos de 16 a 20 años de edad, “hijos de labradores beneméritos” que formarán la escuela del primer año de su funcionamiento.

Los beneficiosos resultados que anhelaba su fundador, se convierten en un angustioso desastre, ni aun gratuitamente, los jóvenes de quienes hablaba Vieytes como la única esperanza de la patria, tienen interés en aprender las científicas labores de la tierra.

Al promediar Febrero de 1828, aduciendo otras necesidades de mayor importancia, el gobernador Dorrego, resuelve anular, mejor di-

cho, sepultar para siempre las plantas y el jardín de aclimatación propuesto por Rivadavia, destinando las linderas tierras del cementerio de la Recoleta, a la ampliación del mismo.

Cabe una conformación en medio de estos desastres, en las tierras donde algunos hombres de Mayo no pudieron levantar los elementales cimientos de nuestra futura grandeza agrícola, la posteridad reconocida, erigió a la memoria de muchos de ellos, monumentos póstumos que sirven aun hoy, para recordar sus frustrados empeños y sus altas virtudes patricias.

Más tarde, no obstante los fracasos de estos dos próceres, surgen otras iniciativas, con idénticos fines.

En el año 1814, el Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Don Gervasio Posadas, propicia la creación de una sociedad de "Amigos del País", para agrupar con análogos fines a los agricultores y ganaderos del suelo argentino.

También en 1820, con el patrocinio entusiasta del caballero inglés John Thomás Barber de Beaumont, en la Calera Barquin de la provincia de Entre Ríos, se resuelve crear la "Asociación Agrícola del Río de la Plata", cuya efímera materialización se obtiene recién en 1826, cuando son embarcados en Plymouth, 200 familias para el Plata.

Igualmente, el coronel irlandés Juan O'Brien, propone en 1822, la integración de una sociedad de agricultores.

Por otra parte, con la misma intención, el gobierno del gobernador Gregorio de las Heras, el 19 de Enero de 1825, dispone la formación de una "Comisión de ciudadanos y extranjeros residentes en el país".

Esta comisión se rigió por un reglamento de 28 artículos, para dar cumplimiento a la ley de inmigración del 13 de Abril de 1824.

Como lo hemos expuesto, ninguna de estas sociedades pastoriles o agrícolas, alcanzaron una duradera y efectiva permanencia.

Probablemente, aun no había llegado el momento de su materialización.

A pesar de la ligera enumeración de hombres y circunstancias, Vieytes, prosigue siendo el prohombre del Virreynato y de Mayo que, con mayor visión, ahinco, tenacidad y patriotismo, propendió, desde su verdadera cátedra periodística, a elevar a los hombres del agro, en su desamparada condición de Americanos o Argentinos.

De estas enseñanzas y siembras, de estos prematuros ensayos, en 1826, surge con más formal criterio, un proyecto de estatuto para la formación de una Sociedad Rural Argentina, a propuesta de los señores Roguín, Meyer y Cía.

Si bien esta sociedad, en sus 101 artículos, consultaba las necesidades del país, su constitución no alcanzó a ser efectiva, a pesar de las diversas y conocidas personalidades que la integraban.

Nuestra prestigiosa y actual "Sociedad Rural Argentina", cuya actividad e historia honra al país, escapa a los comentarios de esta disertación.

Malgrado el ofensivo y malicioso olvido en que aun se mantiene la fecunda acción de este prohombre de Mayo, hacemos nuestros los vaticinios del historiador Juan María Gutiérrez, cuando dijo:

"Llegará el día en que los agricultores de Buenos Aires, levantarán una estatua a Vieytes, como al primero de nuestros escritores que por medio de la prensa trató de ennoblecer y adelantar el arte de cultivar la tierra".